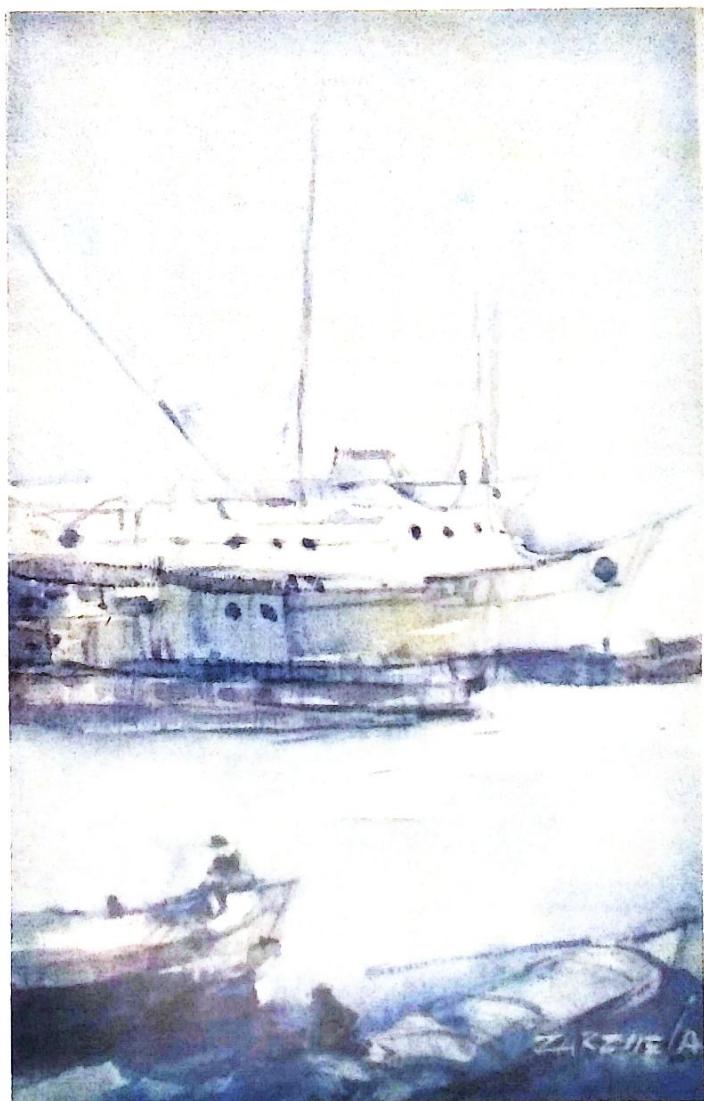




D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376

- Edith Zabalaga
- José Ortega y Gasset
- Erika Rivera
- Edwin Guzmán
- Nuccio Ordine
- Julián Marías
- Mauro Gago
- Cristina Wolf
- Giancarla de Quiroga
- Washington Delgado
- Guillermo Mariaca
- Rodolfo Espinoza



LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXV n° 647 Oruro, domingo 11 de marzo de 2018

FUNDACION
ZOFIRO
CULTURAL



El motivo marino
acuarela sobre papel 40*35cm
Erasmo Zarzuela

Ofrenda de vida

Sentada a la vera de un río
observando su constante fluir
un diálogo entablé con él.

¿Por qué, mientras más te miro
más me encuentro reflejada en ti?

Tus aguas corren sin parar
como las horas de mi vida
que nunca se detendrán.

Transcurre para no volver
como mi presente que es pasado
y que nunca volverá a ser.

Quiero recostarme en tu cauce
que la turbia corriente me abrace
y al compás del murmullo eterno
llegar hasta donde te fundes
con el mar infinito.

Edith Zabalaga.
Escritora y poeta cochabambina.

La greba dolorosa



- La vida eterna sería insopportable. Cobra valor precisamente porque su brevedad la aprieta, densifica y hace compacta.
- De querer ser a creer que se es ya, va la distancia de lo trágico a lo cómico.
- No somos disparados a la existencia como una bala de fusil cuya trayectoria está absolutamente determinada. Es falso decir que lo que nos determina son las circunstancias. Al contrario, las circunstancias son el dilema ante el cual tenemos que decidirnos.
- El vanidoso necesita de los demás, busca en ellos la confirmación de la idea que quiere tener de sí mismo.
- Una buena parte de los hombres no tiene más vida interior que la de sus palabras, y sus sentimientos se reducen a una existencia oral.
- Sobre la greba dolorosa que suele ser la vida, brotan y florecen no pocas alegrías.
- Nuestras convicciones más arraigadas, más indubitable, son las más sospechosas. Ellas constituyen nuestro límite, nuestros confines, nuestra prisión.
- Camina lento, no te apresures, que el único lugar a donde tienes que llegar es a ti mismo.
- Cada cosa que existe es una virgen que ha de ser amada para hacerse fecunda.
- La lealtad es el camino más corto entre dos corazones.
- Algunas personas enfocan su vida de modo que viven con entremeses y guarniciones. El plato principal nunca lo conocen.
- Siempre que enseñas, enseñas a dudar de lo que enseñas.
- Mientras el tigre no puede dejar de ser tigre, no puede "destigirse", el hombre vive en riesgo permanente de deshumanizarse.
- Puedo comprometerme a ser sincero, pero no me exijáis que me comprometa a ser imparcial.
- Ser emperador de sí mismo es la primera condición para imperar a los demás.
- Evitemos suplantar con nuestro mundo el de los demás.

José Ortega y Gasset. Profesor y filósofo español, 1883-1955.


el duende
director: luis urquiza m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
lurquiza@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



*El Duende no mantiene correspondencia obligatoria
de publicación con colaboraciones no solicitadas;
tampoco comparte necesariamente las ideas
expresadas por sus autores.*



La importancia de cuestionar nuestros preconceptos sobre educación

* Erika J. Rivera

Segunda y última parte

Creo que debemos tener claro que "la *paideia* es la perfección del espíritu", como dice Jaeger. "El pensamiento griego sobre el Estado conduce en última instancia a la creación de la idea occidental de la libre personalidad y humanidad, la cual no se basa en ningún estatuto de los hombres sino directamente en el conocimiento de la suprema norma". Esta suprema norma es el conocimiento. *Paideia* es un término vago, pero puede ser entendido como civilización, cultura, tradición, literatura y educación, pero hay que emplear todos a la vez para entender el término. Apoyándome en Jaeger, afirmo que *paideia* es el proceso de construcción consciente del ser humano, lo que más se acerca al idioma germano es *Bildung*, que en líneas generales significa formación. Los pensadores clásicos como Sócrates, Platón y Aristóteles atacan la indiferencia moral de la retórica y su puro formalismo. Curiosamente estas cualidades hicieron de la retórica un valioso instrumento para la lucha sin escrúpulos que es la vida política. Los clásicos por el contrario sostuvieron que la única retórica verdadera es la filosofía. Entonces la educación política es el ideal *panhelénico*: educar para la política.

Por todo lo expuesto, considero que en Bolivia debemos utilizar y aplicar estos argumentos porque la educación no es algo individual sino que pertenece por su esencia a toda la comunidad. La educación es el producto de la conciencia viva que rige una comunidad. Debemos aplicar en Bolivia una educación con conciencia de nosotros mismos en la búsqueda de transformaciones cualitativas para lograr convertirnos en sujetos libres, críticos y racionales para construir un mejor país.

A comienzos del siglo XX todos los autores importantes de Latinoamérica se percataron de que las normativas y los valores de la Ilustración tenían una vigencia muy relativa en los países del Nuevo Mundo. Por ello Alcides Arguedas y su grupo (Armando Chirvaches, Alberto Gutiérrez y otros menos conocidos) prestaron atención a los vínculos entre libertad política y justicia social, entre progreso económico y educación pública, entre consolidación nacional y unificación

regional. Según las reflexiones de Blithz Lizada Pereira, hoy ya no se puede pensar en educación sin conocer las tendencias de las ondas K (en honor a *Nicolai Kondratieff*, la economía estuvo precedido por descubrimientos científicos), porque es la base para generar e implementar políticas científicas y tecnológicas de cara al futuro. Es imprescindible saber qué hay que investigar para el mundo de mañana; por ejemplo, que la era del petróleo llegará a su fin relativamente pronto, que la energía nuclear no es rentable; y que los países que formen a sus científicos, ingenieros y técnicos en las disciplinas y subdisciplinas cruciales, ocuparán los sitios superiores en el desarrollo económico, el crecimiento y el bienestar. El autor considera que es de vital importancia reflexionar sobre la educación, los profesores y el cambio de la sociedad. Para él es importante diferenciar política de Estado y de política de gobierno porque ve a la educación como generadora de transformación.

Las reformas educativas de América Latina en el siglo XXI se debaten entre el desgaste, la indiferencia y el no saber cómo profundizar sus logros más positivos. Es por esta razón que Franco Gamboa y Marcelo Peralta (en su libro: *Política de la Globalización. Los perfiles complejos de las relaciones internacionales*, La Paz 2017) piensan a la educación: entre el conflicto, las incertidumbres y las reformas. Ellos se refieren a que ningún objeto cultural e ideológico es tan valorado y disputado como la educación, pues se cree que el capital educativo impulsa el crecimiento económico. Las políticas educativas llegaron a transformarse en aceleradores de cambio y reaccionan favorablemente a los cambios tecnológicos del siglo XXI. "La educación es un baluarte estratégico que permite a todo tipo de clases sociales integrarse de la mejor manera en el competitivo mercado laboral o en las estructuras culturales [...]".

Siguendo a estos mismos autores, se puede señalar que las reformas educativas del siglo XXI en América Latina deben identificar a los maestros gestores de talentos, capaces de amalgamar la tecnología de internet en las aulas, la tolerancia ideológico-teórica y el estímulo de una conciencia de autolimita-

ciones para desarrollar un modelo de gestión de talentos. La nueva teoría educativa debe identificar cuáles son los aspectos del orden social y político en América Latina que frustran o impiden el logro de fines racionales. La transmisión de conocimientos también implica una enseñanza guiada por la racionalidad y el propósito de reducir los conflictos iracionales. Toda reforma educativa estará determinada por aquello que se aplica en la práctica cotidiana nacional, regional o local. Por ejemplo en Bolivia, Perú, Guatemala, Nicaragua, El Salvador, Haití y Venezuela se obstaculiza o entorpece el proceso creativo.

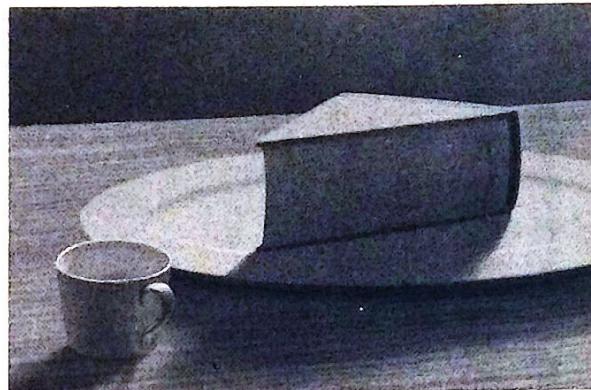
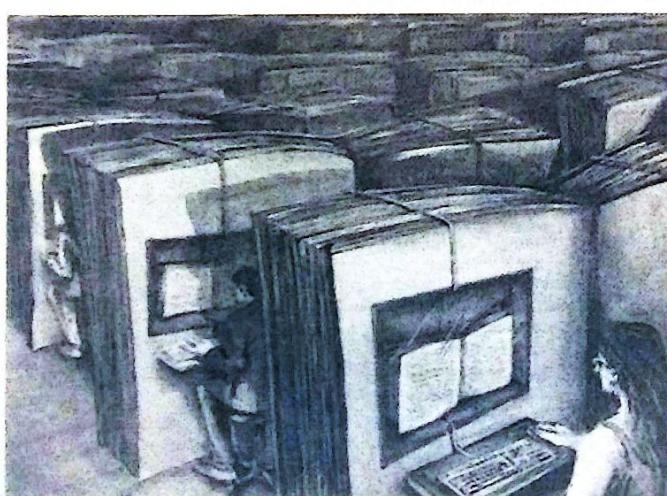
El reto más difícil descansará en la transformación de las estructuras rígidas del razonamiento y transmisión de verdades absolutas. Se tendrá que descubrir si las estructuras rígidas del aprendizaje refuerzan actitudes conformistas en los estudiantes y padres de familia (la ley del menor esfuerzo). Como primer paso se debe romper con los estilos memorísticos de enseñanza y aprendizaje, así como con las tendencias que privilegian un acomodo de los estudiantes a los contextos autoritarios de una escuela. Hay que tolerar la incertidumbre como antídoto para reducir los conflictos y la resistencia de las actitudes más tradicionalistas. Las estructuras educativas de América Latina están llenas de estudiantes y docentes conformistas con temor a cometer errores o fracasar, falta de estimulación, baja o ninguna autoestima. Las presiones sociales impiden el desarrollo de la creatividad y un ambiente de libertades en la enseñanza y los aprendizajes se deterioran, cuando las estructuras educativas fomentan la conformidad con la conducta colectiva. Prefieren tomar el camino más seguro, conocido y cómodo, lo cual impide desarrollar un conjunto de capacidades más flexibles para aceptar el conflicto entre lo conocido y lo desconocido de aquellos problemas que se quiere resolver. Hasta ahora las reformas educativas en América Latina dejaron de lado la estructuración de programas que movilicen diversos recursos psicológicos relacionados con el comportamiento creativo. En el ámbito mundial, existen tres grandes tipos de estándares educativos que guardan estrecha relación entre sí: estándares de contenido o curriculares, estándares de desempeño y estándares de oportunidad para aprender o transferencia escolar. La construcción de un sistema educativo orienta a las sociedades modernas a generar altos niveles de enseñanza y aprendizaje.

que satisfagan plenamente las necesidades y expectativas de una competitividad mundial. Como dicen Gamboa y Peralta, un modelo educativo que genere estándares excelentes de aprendizaje en la sociedad debe considerar los siguientes factores: visión, liderazgo, gestión de talento, gestión curricular, gestión de los recursos materiales, alianzas estratégicas y evaluación de resultados.

Como ya lo mencioné al principio de este texto apoyándome en José Ferrater Mora, considero que podemos avizorar una filosofía de la educación con dos teorías radicales y extremas que se enfrentan. Según una hay que dar rienda a la espontaneidad individual, pues de lo contrario la asimilación de los bienes culturales es forzada y, en última medida, contraproducente. Según otra, hay que "conducir" o "educar" al individuo tratando de hacerle asimilar los bienes culturales, inclusive, si es menester, con amenaza o castigos, pues de lo contrario los bienes culturales se asimilan insuficientemente, o imperfectamente. La primera teoría ofrece tendencias llamadas "progresistas"; la segunda teoría, tendencias llamadas "tradicionalistas" o "conservadoras". Unas, pues, destacan y fomentan la espontaneidad y libertad; otras, la disciplina y la autoridad. Frente a esta situación podemos decir que tratar de entender lo Otto no significa disculpar sus lados oscuros y menos aun justificarlos. Un relativismo cultural de carácter radical nos haría imposible conocer y apreciar otros sistemas culturales y sociales, incluyendo su filosofía y literatura y sus obras de arte. La labor intelectual tiene que ser también el ensayo de traducir fidedignamente de una cultura a otra. La traducción es, como dijo Humberto Eco, la metáfora de una visión tolerante del mundo. Es al lector a quien corresponde formarse libremente criterios adecuados y pertinentes sobre la mejor forma de educarse y promover una filosofía de la educación para las generaciones que vienen en aras de un mundo mejor.

Fin

* Erika J. Rivera. La Paz. Escritora.



“Los trabajos y los días”, itinerarios de Benjamín Chávez

* Edwin Guzmán



Benjamín Chávez, además de su condición de poeta, ha venido desplegando diferentes actividades vinculadas a las letras, lo que le ha permitido acercarse a través de géneros diversos a temas disímiles. Junto a la publicación de una decena de libros de poesía, algunos de los cuales han sido acreedores a premios nacionales, ha visto la luz el reportaje “Viaje al corazón de Bolivia”, elaborado junto a otros cronistas y fotógrafos, habiendo obtenido el Premio Internacional de Crónica periodística Elizabeth Neuffer de las NNUU: la publicación de la novela “La indiferencia de los patos” (2015), las antologías “Cambio climático” –Panorama de la joven poesía boliviana, (2009), “Letras Orureñas” (2016) en coautoría con diferentes escritores del país, además de cuentos y artículos aparecidos en revistas y periódicos.

Su versatilidad se evidencia ahora con la presentación de “Los trabajos y los días” (2017), libro que aglutina una selección de columnas escritas por el autor entre 1999 y el 2012, en los suplementos culturales “El Duende” del periódico La Patria de Oruro, y “Fondo Negro”, suplemento del diario La Prensa de La Paz. Columnas que, por el texto y el contexto, constituyen nítidas manifestaciones del pulso literario que es marca reciente en la obra de Benjamín.

El libro se abre y cierra con artículos sobre Jorge Luis Borges (I y II), poeta caro a la formación y la pasión creativa del autor. En el viento de ese viaje circular, discurre una población heterogénea de temas que revelan pasajes, fragmentos de memoria, personajes, lecturas, en fin una silva de acontecimientos que fluctúan entre la evocación y el homenaje, entre la reflexión y el testimonio.

El hálito que anima a las columnas es precisamente el viaje. El autor, siempre móvil e itinerante, discurre por lugares y textos. Sea la Grecia de la filosofía, el Cerro Rico, Mon-

tevideo, el trópico amazónico, el tata Sajama, Medellín, el volcán Masaya en Nicaragua, las librerías de la Plaza del Zócalo, o un quiosco de Sucre, en fin. Lugares visitados, y luego revisitados en la cusa de la memoria que no cesa de reinventarse en el tiempo. Hitos que revelan un itinerario que Ida acontecimientos y experiencias donde el feeling del columnista da cuenta de hechos memorables.

Mas, el viaje se multiplica a través de poemas y libros que Benjamín emprende desde su indiscutible condición de lector. Páginas y lugares terminan fundiéndose, los textos se abren a lo imprevisible resignificando los sentidos tejidos entre la literatura y las experiencias vividas.

Los poemas de Trastrommer se convierten en personajes de una historia de halo futurista en un puerto de Montevideo. El poema X de Jorge Tellier, codeándose con Browning, se lanza a un juego de transmutaciones y horizontes im/posibles. El poema “Balada para unos ojos que no han visto el mar” de León de Greiff abre las esclusas para acometer una genealogía líquida que remata precisamente en el encuentro de unos ojos que nostálgicamente se casan con el mar. Los poemas de Arlindo Paruma se confunden con la respiración de la manigua, y abrazados trascienden en un cuerpo de follaje verbal y vegetal. Las hebras de sol de Celán reflejan al costado de la Calle Sara en Santa Cruz de la Sierra. La saga por la posesión de un libro de Luis Cardozo y Aragón remata en una aventura que trama contactos transfronterizos, y una incursión por librerías en la Plaza del Zócalo en el D.F. de México. O, acaso, ese viaje insólito de una comparsa heteróclita de escritores en torno a los misterios gatunos. Otras lecturas son objeto de reflexión y motivación a consumarlas, cito por ejemplo a “Cuadernos de la Sequía” de Rodolfo Ortiz, o la novela “Cuando Sara Chura despierte” de Juan Pablo Piñeiro.

De este modo, sujetos también de los temas son los libros y autores que coexisten con circunstancias y cuya presencia enriquece una suerte de doble periplo. De este modo el conocido apotegma que “leer es viajar” se cumple irrefutablemente en Benjamín Chá-

vez. Es más, se infiere que su lectura le permite duplicar la experiencia vital, es decir, su propia existencia conjugada con la experiencia de los autores leídos expande la aventura del viaje. El viaje que es encuentro, descubrimiento y como dice el autor “el viaje como revelación”; éste, termina citando a Umberto Eco que manifiesta “uno no sabe si viaja para escribir o escribir para viajar”.

Las columnas de “Los trabajos y los días” rebasan la matriz convencional del género de opinión periodística, para acercarse a la condición de delicadas piezas literarias y/o incluso de sutiles ensayos. En efecto, la escritura de Benjamín no se despliega bajo el régimen formal de las columnas tradicionales

de prensa, cuya pretensión es abordar críticamente hechos relevantes a través de un lenguaje directo. Por el enfoque y la manera de encararlas, su discurso se despliega desde zonas de impulsión literaria. De este modo literaturiza acontecimientos, los narra, poeta, o los pone sobre el tinglado crítico, bajo el ojo que escruta y recrea, en consecuencia, bajo el halo de una escritura que se desea escritura.

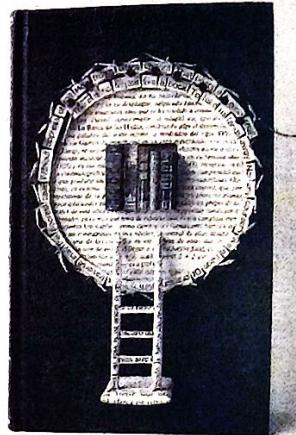
Considerado en su conjunto el libro trasciende un tono autobiográfico. Los abordajes que realiza Benjamín son definitivamente cercanos a su condición de escritor y poeta, a los avatares en medio sus trabajos y sus días. Los festivales internacionales de poesía en Medellín o Nicaragua de los que fue poeta invitado, la experiencia de publicación del Suplemento Cultural “El Duende”, se suman a la vindicación que hace de amistades entrañables como las de los poetas Ives Froment o Antonio Terán Caverio. Y claro, además las páginas no dejan de revelar destellos de la vida cultural de Oruro, del país en general y los allende aludidos.

Bajo el epíteto bautismal de “Cementerio Club” se publicó la columna de Benjamín Chávez durante algunos años en el suplemento cultural “El Duende” del diario La Patria de Oruro. Él “Qué le dio al pequeño dios el centro gris del abismo, solo sé que no soy yo a quién duerme” resuena sigilosamente al fondo de ella, en la voz del maestro Spinetta, y bajo el aura poética de Antonin Artaud: ¡menuda complicidad!, me digo.

De ahí un salto retro, enormísimo salto a la segunda mitad del siglo VIII a.C., para trasladar no sin tino el título de la célebre obra poética, “Los trabajos y los días”, del aeda griego Hesiodo al libro que Benjamín ha germinado. Libro que nos entrega la fidelidad y el oficio de su autor, el generoso apoyo de la Fundación Cultural ZOFRO y más que nada –de ese otro, él mismo– el ajayu de Benjamín Chávez que no ceja en brindarnos una de las más sutiles satisfacciones: la buena lectura.

* Edwin Guzmán Ortiz. Oruro, 1953.
Poeta y crítico de arte.

Política perversa



Los clásicos (de la filosofía y la literatura) ocupan un lugar cada vez más marginal en las escuelas y universidades.

Los estudiantes pasan largos años en las aulas de un instituto o de un centro universitario sin leer nunca íntegros los grandes textos fundacionales de la cultura occidental.

Se nutren sobre todo de sinopsis, antologías, manuales, guías, resúmenes, instrumentos *exegéticos* y *didácticos* de todo tipo.

En vez de sumergirse directamente en la lectura de Ariosto o de Ronsard, de Platón o de Shakespeare –que les robaría demasiado tiempo y les exigiría esfuerzos hermenéuticos y lingüísticos excesivos– se les anima a valerse de atajos, representados por los numerosos *florilegios* que han invadido el mercado editorial.

Se trata de una política escolar perversa que ha terminado por condicionar de manera irreversible también las elecciones programáticas de los editores.

Nuccio Ordine en:
La inutilidad de lo inútil.



El silencioso Gerardo Diego

Enterado de la muerte del poeta español Gerardo Diego Cendoya el 8 de julio de 1987, el ensayista español Julián Marías evoca su figura con un recuerdo personal.

Me he enterado de la muerte de Gerardo Diego volando a Santander, a su Santander natal, donde lo conocí hace cincuenta y tres años, largo tiempo. Era yo estudiante en la Universidad Internacional, recién creada el año anterior. Gerardo Diego explicaba y leía poesía y tocaba el piano. Había publicado la segunda edición de su antología *Poesía Española*, de tanto alcance como presentación de los poetas contemporáneos, y muy especialmente de los coetáneos suyos, de los que habían de llamarse después la "Generación del 27". (Esta segunda edición era más hospitalaria que la primera, y recuerdo que en *Cruz y Raya* apareció una crítica con el título "Parcialidad y su contrario en el antólogo".)

Gerardo Diego aparecía como introductor de una poesía que significaba, en conjunto, un estilo nuevo.

La amistad que se inició entonces entre nosotros nunca se interrumpió; y fue reforzada por una relación de vecindad: durante dieciocho años Gerardo y yo vivimos en casas fronteras de la calle de Covarrubias. Y desde que ingresé en la Real Academia Española, hace ya veintidós años, hasta que la edad hizo que Gerardo Diego dejara de asistir a sus sesiones, nos encontrábamos puntualmente casi todos los jueves porque ambos éramos asiduos. Ahora, "cargado de años" —así se hubiera dicho en otro tiempo—, se ha ido y me deja lleno de melancolía saber que no volveré a verlo en este mundo. En el otro, ambos lo hemos esperado siempre.

No puedo decir que he tenido, en tan largo tiempo, esas interminables conversaciones que han llenado otras amistades: Gerardo era silencioso; más aún que "de pocas palabras". Solía ser breve, casi no conocía el "párrafo"; pero lo más característico es que con frecuencia caía en profundo silencio. ¿Café? O tal vez se elevaba, se remontaba. Porque se tenía la impresión de que se había ensimismado, se había ido a cualquier cielo privado, en busca de Dios o, quién sabe, de un vestido combo, proyecto de arcángel en relieve, o de una mano azul de grumete, o de una casa sorianas que parece de cartón. En esos silencios Gerardo parecía bucear para salir con una

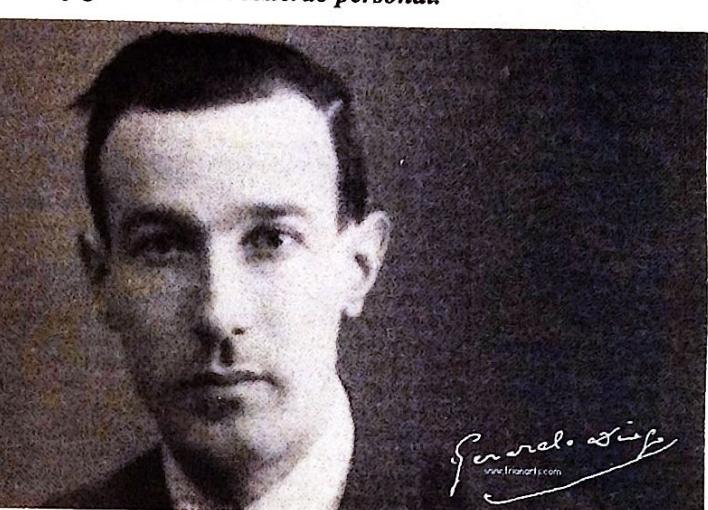
perla lúrica entre los dientes o elevarse como un ave de cetrería o como una alondra en busca de un verso huidizo, elusivo.

Recuerdo que una vez, hace muchos años, nos invitó a almorzar, con nuestras mujeres y alguna persona más, entre ellas nada menos que Gabriel Marcel y el encargado del Instituto Francés de Madrid, Paul Guinard.

La conversación fue muy animada; creo que Gerardo no quería desprendérse de su amado francés, su francés conyugal. Pero estaba allí, diríamos que de alma presente.

Ese silencio habitual que caracterizó toda la vida de aquel profesor de Instituto, como Antonio Machado, como tantos otros de nuestros mejores escritores, contribuyó sin duda a la calidad e intimidad de su obra, e hizo que no fuera muy tránsita y llevada, lo cual es una bendición. Pero ha tenido un inconveniente... para los demás: y es que muchos no se han enterado de ella. Hay nombres que andan en todas las bocas y especialmente en las que hablan mediante los fantásticos aparatos de nuestro tiempo; y que están en todos los periódicos y revistas. Esos nombres son conocidos, familiares; se declaran geniales a sus poseedores y eso se acepta, "se supone", sin que sea menester confirmarlo mediante la lectura. Así se establecen esca-lafones y cuotas de popularidad.

No ha sido este el caso de Gerardo Diego. Los que leen poesía y entienden algo de ella saben, han sabido desde hace más de medio siglo, que Gerardo Diego era uno de los más grandes poetas de lengua española de este siglo, uno de los más creadores, innovadores, inventivos. Los poetas suelen ser precoz. He dicho a veces que si los poetas, por algún misterioso resorte de su corazón, murieran hacia los treinta años, este desastre



no alteraría demasiado la historia de la poesía, a diferencia de lo que ocurría con otras disciplinas: la novela, el teatro, la historia, la filosofía. Hay poetas acabados, concluso antes de rebasar la juventud; otros siguen añadiendo obras valiosas, acaso de gran calidad, muchos años —es frecuente que nos interesen sobre todo porque son del mismo autor que compuso los poemas juveniles—; en algunos casos, y muy ejemplarmente en el de Gerardo Diego, la creación no se interrumpe.

Gerardo Diego ha muerto después de cumplir los noventa años; por cierto, nunca perdió el aire de "joven poeta" que parece inherente a los de su generación, por viejos que sean; pero lo interesante, lo sorprendente, es que Gerardo nunca dejó de sorprender. Cada libro nuevo, cada poema que aparecía, cada vez que leía con gesto serio, con faz inexpresiva, unos versos a los postres del "almuerzo del Director", un domingo de enero, rodeado de sus compañeros de Academia, se encontraba uno con que, en lugar de "lo consabido", Gerardo Diego daba una novedad, no se sabía por dónde iba a salir. Mejor dicho, daba la *consabida invención*.

Esto hace más doloroso que su obra —el conjunto de su obra— no sea conocida por los que deberían poseerla, sobre todo los jóvenes. Me habló muchas veces, en los últimos años, de una edición de sus obras completas, que esperaba, si no me engaño, con mucha ilusión. No ha llegado a verla. Claro es que sus antologías y libros sueltos bastan para conocer su poesía; pero sus obras completas descubrirían que era capaz de resistir esa prueba, que pocos escritores pueden pasar: la de la lectura continua y total. En muchos casos se ve que han dicho pocas cosas y la repetición descubre sus lazos flacos y engendra el hastío. No hay peligro de que eso suceda con Gerardo Diego, con una poesía de hoja perenne, de verdor perdurable.

Y hay un aspecto del que rara vez se habla, que se pasa por alto, y que me parece esencial: Gerardo Diego como poeta amoroso —y hay tan pocos en nuestro tiempo—. Quiero recordar un solo libro, apenas un folleto, titulado *La fundación del querer*, de 1970, bien lejos de su juventud. No sé si se sabe que el título es resonancia de una copla andaluza: "Si usted me quisiera a mí / como yo la quiero a usted, / nos llamarán a los dos / la fundación del querer". Es una serie de romances encadenados; quiero decir que el último verso de uno es el primero del siguiente y así componen una unidad, no solo temática, argumental, sino rítmica. Gerardo lo explica muy bien al comienzo:

Un romance es un instante,
un romance es una vez,
un romance es siempre, siempre,
volver a empezar, volver.

Es el poema de su amor, de su gran amor de tantos decenios, que ve presentando sobria, púdica, se diría silenciosamente, desde su nacimiento hasta la imposibilidad de su muerte.

Te estoy viendo allí a la orilla
del mar con el viento aquel,
verde viento sur de octubre
que calentaba la sien, bajo tu boina
marrón
tu pelo de oro de miel,
mejillas inverosímiles
de seda, de no sé qué.

Y el libro se termina con un "Cierre por soledades", en el que no faltan alusiones taurinas, y que cierra con esta promesa en tres versos:

Sé que te estaré queriendo
en la tierra y en el mar
cuando arriba nos juntemos.

De: "La Nación", Madrid, 1987





Las mujeres más destacadas de la mitología

Medea, Io, Iris, Hécuba, entre otras, son féminas que dejaron huella. Cada una encarna un atributo especial. A continuación algunas de ellas.



AFRODITA

HERA: Era la diosa más importante por ser esposa de Zeus, el máximo dios de la Mitología grecorromana. Hija de Gea y Cronos, es la personificación del resguardo a cualquier costado del matrimonio. Sus historias nacen habitualmente de las venganzas perpetradas contra las amantes y hijos bastardos de su esposo Zeus y su rechazo inexorable a las propuestas indecentes de sus pretendientes, en pos de conservar lo sagrado del himeneo. El caso más relevante es el de Heracles (o Hércules), que fue el fruto de la infidelidad de Zeus con la mortal Alcmena, llamado en un primer momento Alcides en honor a su abuelo. Sin embargo, para aplacar la ira de Hera, Zeus le cambió el nombre a Hera-Kles, que en griego significa "gloria de Hera"...

AFRODITA: Es la personificación del Amor, pero sobre todo de la sexualidad. Nace de la espuma seminal que producen los testículos cercenados de Urano a manos de su hijo Cronos. Es la diosa más hermosa de todas, aunque su presunción desmedida hizo que Zeus la castigara casándola con el dios más feo, Hefesto. No obstante, mantenía relaciones extramatrimoniales con Ares, dios del odio y la guerra, por lo que se comprende de algún modo el dicho que afirma que "del amor al odio hay uno solo paso".

Asimismo, de su nombre y su personalidad nace la palabra "afrodisíaco" para

designar aquello que estimula el instinto sexual. Fue madre de Eros (o Cupido), dios del amor, como su progenitora...

Como personificación del amor y la sexualidad, Afrodita representa la fogosidad de las mujeres.

ATENEA: Conocida también como Palas Atenea, su leyenda cuenta que el epíteto Palas remite al nombre de su mejor amiga, a quien mató accidentalmente en unos juegos de caza, por lo que decidió homenajearla anteponiendo el nombre de aquella al propio. Atenea es la personificación de la estrategia y la inteligencia bética, a diferencia de su hermano Ares que es el símbolo del horror y el odio de la guerra. Se la representa con un casco, una espada y un escudo cuyo frente porta la cabeza de Medusa, que le fue regalada por el héroe Perseo al finalizar sus hazañas. Atenea dio nombre a la célebre ciudad de Atenas, en donde aún hoy es venerada por sobre los demás dioses...

Atenea es la personificación de la estrategia bética. Su escudo con la cabeza de Medusa la hace temible

ARTEMISA (DIANA para los romanos): Artemisa es el símbolo de la castidad y la virginidad. Mantuvo enfrentamientos con Afrodita, su antítesis en términos de sexualidad. En efecto, las diosas castigaban con muertes trágicas a aquellos mortales que veneraran a una de ellas y despreciaran a la otra. Tal es el caso de Hipólito, hijo de Teseo, que quería ser virgen y que con-

secuentemente despreciaba el sexo, lo que metafóricamente implicaba la deshonra hacia Afrodita. Por esto, la diosa ideó un artilugio para hacer creer a Teseo que su hijo había abusado sexualmente de su esposa Fedra. Finalmente, Hipólito murió en un accidente al ser desterrado. En venganza, Artemisa hizo asesinar a Adonis, amado de Afrodita, enviando un jabalí salvaje que despedazó al joven quien, debido a su prolífica actividad sexual, "deshonraba" a Artemisa...

GEA: Cuando los romanos conquistaron Grecia y se apoderaron de su cultura, la renombraron como Terra y es que, efectivamente, representa la fecundidad femenina y de todo lo que existe en el planeta Tierra, por lo que los científicos usaron su nombre romano para nominar a nuestro mundo. Del mismo modo, su gracia también fue utilizada para designar al continente único que existía hacia fines de la era Paleozoica, "Pan-Gea", calificativo compuesto por el prefijo "pan", que designa totalidad y "gea" el nombre de nuestra diosa madre.

PANDORA: Su leyenda remite a la "Caja de Pandora", célebre frase para designar actos aparentemente insignificantes que desembocan en las peores debacles. Pandora es el equivalente griego de la Eva de la mitología hebrea-cristiana. Mientras

Pandora abre la caja prohibida y desata la maldad en el mundo, Eva incurre en un desliz semejante al morder la manzana vedada del Jardín del Edén. Ambas son la primera mujer que Zeus y Dios crearon ante la necesidad del hombre de una "compañía" para sus vidas. Zeus creó a Pandora para alegría de Epimeteo, como Dios creó a Eva para felicidad de Adán.

HELENA. Entre las mortales, Helena es la mujer más famosa y hermosa de la Mitología Griega. Fue casada con Menelao pero se enamoró del príncipe troyano Paris, a quien Afrodita le había prometido la mujer más bella de la Tierra como premio por lo que se conoce como "El Juicio de Paris". La huida con su amante desató la Guerra de Troya y propició el incendio de la afamada ciudad amurallada. Al finalizar la contienda, Helena volvió con su esposo Menelao a reinar en Esparta. Su muerte representa la infidelidad y la belleza femenina que puede desatar la "guerra" entre los hombres...

PENÉLOPE. Es la esposa de Odiseo –también conocido como Ulises– y simboliza la fidelidad conyugal. Al verse obligado el héroe a marcharse a la Guerra de Troya, estuvo diez años en tierras troyanas y otro tanto deambulando por mares y tierras por un castigo que Poseidón, dios de los mares, había sentenciado contra él. Ante la supuesta muerte del rey, Penélope debía elegir a un nuevo marido entre innumerables pretendientes que habían invadido su palacio. Entonces prometió optar por uno de ellos cuando terminara de tejer un sudario. Sin embargo,



ARTEMISA



Mitología Griega

*en la mitología griega.
nas de ellas*



en pos de mantener su fidelidad con el marido que creía vivo, Penélope tejía de día y destejía de noche. Finalmente, su amado volvió a la patria y mató a todos los pretendientes, quedándose Odiseo con el premio mayor, que era el amor y la lealtad de su esposa...

ELECTRA. Su nombre es conocido por ser el equivalente femenino en términos psicológicos del "Complejo de Edipo", del acervo teórico de Sigmund Freud. En efecto, el ex discípulo de éste, Carl Jung, concibió el "Complejo de Electra", donde "la hija mata a la madre por amar a su padre". Y esto se desprende de la venganza que Electra consumó contra su madre Clitemnestra por haber ideado un plan, junto a su amante, para matar a su esposo Agamenón, padre de Electra. El rey de Micenas fue engañado y asesinado por su esposa por haber sacrificado a su hija Ifigenia para que los dioses propiciaran a los griegos un buen viaje hacia

Troya. Electra, al enterarse del crimen de su madre, elabora una estrategia junto a su hermano Orestes para vengarse de su madre. El Complejo de Electra de Jung nos remite a la princesa que mató a su madre por amor a su padre.



ATENEA

ANTÍGONA: Sus hermanos Eteocles y Polinices se enfrentaron bélicamente por la herencia del trono, ya que tras el destierro de su padre Edipo por haber matado a su padre y casado con su madre, los hermanos concordaron reinar cierto tiempo cada uno. Sin embargo, cuando le llegó el turno a Polinices, Eteocles se lo negó, hecho que dio lugar a la batalla denominada "Los siete contra Tebas", en la que Polinices se alía a Argos para atacar a su propia patria, en el afán de recuperar el trono. Lo cierto es que los hermanos mueren en la batalla uno a manos del otro y su tío Creonte, nuevo rey, permite el entierro de Eteocles pero niega el de Polinices por haber traicionado a su pueblo. Ante esto, Antígona, hermana de ambos, se rebela y entierra a Polinices para que éste pueda acceder al Hades, por lo que la sentencian a ser enterrada viva. No obstante, antes de padecer semejante martirio, Antígona se quita la vida y se transforma en una mártir que simboliza el respeto a los muertos y a sus ceremonias fúnebres.

HIPÓLITA: Ella y su hermana Pentesilea eran las reinas de las Amazonas, las más excelentes guerreras del género femenino. La etimología del vocablo Amazonas proviene del griego: "a" prefijo negativo que significa "sin" y "mazos" que se traduce como "seno", dando como resultado "sin seno", ya que de muy jóvenes a las amazonas les cercenaban uno de ellos para que pudieran manejar mejor el arco y la flecha. Hipólita representa la valentía y violencia de la mujer.

ARIADNA: Cuando Teseo llegó a Creta para matar al Minotauro, ella se enamoró del héroe y le facilitó un hilo para que pudiese escapar del laberinto donde residía la bestia. Ariadna huyó de su tierra junto con su amante, pero más tarde Teseo la abandonó en la isla de Naxos por haberse enamorado de la amazona Hipólita (con quien tuvo a su hijo Hipólito) y luego también amor a Fedra, hermana de Ariadna. Ésta fue acogida por el dios del vino y la lujuria, Dioniso, quien la hizo su esposa y la transformó en una divinidad. Ariadna representa a la mujer que deja todo por su amado, aun a costa de ser traicionada y abandonada.

MEDUSA: Su leyenda dice que era una hermosa ninfa devota de la diosa Atenea. La falta que cometió fue mantener relaciones sexuales con el dios Poseidón en el templo de la diosa, quien transformó sus cabellos en serpientes como castigo por su blasfemia. Y no sólo eso, para evitar que se enamorase de los hombres, su mirada fue condenada: al mirar a cualquier varón, lo convertiría en piedra. Así este castigo se convirtió en su maldición pero también en un arma letal contra sus enemigos. Perseo, obligado por un mandato de su rey,

"La vida me duele sin vos"

de Gonzalo Lema

20 AÑOS - EDICIÓN CONMEMORATIVA
1998 - 2018

"La vida me duele sin vos" del escritor Gonzalo Lema fue reeditada por la Editorial Kipus en su cuarta edición. En 1998, el Premio Nacional de Novela, auspiciada por Alfaguara, cogió la posta de Guttentag y convocó al primer concurso. Esta novela resultó la ganadora. De entonces a la fecha las ventas han superado los cinco millones.

"Tengo la pretensión de formar parte de la tradición de los escritores preocupados por el país, y que sostienen su trabajo literario con ese pilar llamado país. Pero también escribo del amor. Si me quedara (en la vida política), no me sorprendería un día despertar con las manos completamente frías e inútiles". (Gonzalo Lema).

Gonzalo Lema Vargas. Tarija, Bolivia, 1959. Novelista y narrador.

Estudió en Cochabamba hasta el bachillerato. Siguió la Carrera de Derecho en la UMSS. Ha desempeñado distintos cargos públicos, entre ellos el de vocal de la Corte Nacional Electoral.

Otras publicaciones: En Novela: Este lado del mundo (1980); El país de la alegría (1987); La huella es el olvido (1993); Ahora que es entonces (1998); Los labios de tu cuerpo (2004); Dime contra quién disparo (2004); Contra nadie en la batalla (2007); Si tu encuentras a Mari Jo (2007); El mar, el sol y Marisol (2009); Las labores del campo. En narrativa: Nos conocimos amando (1981); Anota que soy un hombre (1990); Un hombre sentimental (2001); Despues de ti no hay nada (2006).



De: Blog INFOBAE - Mauro Gago.
Comunicador, Argentina

Cassandra

* Cristina Wolf

(Fragmento)

Hago la prueba del dolor.

Lo mismo que un médico, para saber si está muerto, que pincha un músculo, así pincho yo mi memoria.

Quizá muera el dolor antes de que muramos nosotros. Eso, si fuera así, habría que difundirlo, pero ¿a quién? Aquí no habla mi idioma nadie que no vaya a morir conmigo.

Hago la prueba del dolor y pienso en las despedidas, cada una fue distinta. Al final nos reconocímos por saber que se trataba de una despedida. A veces sólo levantábamos levemente la mano. A veces nos abrazábamos. Eneas y yo no nos tocamos ya. Un tiempo infinitamente largo, me parece, puso en mí sus ojos, cuyo dolor no podía yo sondear. A veces, seguimos hablando, como hablaba yo con Mirina, para que se pronunciara por fin el nombre que tanto tiempo habíamos callado: Pentesilea.

De cómo yo la había visto a ella, Mirina, tres o cuatro años antes, entrar por aquella puerta al lado de Pentesilea y su banda armada. De cómo el asalto de sentimientos irreconciliables –asombro, emoción, admiración, horror, deseo, y, sí, incluso una infame hilaridad– desembocó en un ataque de risa, que me afligió a mí misma y que Pentesilea, sensible como era, nunca pudo perdonarme. Mirina me lo confirmó. Se sintió herida. Eso y nada más, dijo Mirina, fue la causa de la fraldad que Pentesilea me demostró. Y yo le confesé a Mirina que mis ofertas de reconciliación no eran totalmente sinceras; aunque sabía, sin embargo, que Pentesilea caería. ¡Por qué! Me preguntó Mirina con un asomo de su antigua violencia, pero yo no estaba ya celosa de Pentesilea. Los muertos no sienten celos entre sí. Cayó porque quiso caer. ¿Por qué crees que fue a Troya? Y yo tenía razones para observarla atentamente, y lo vi. Mirina guardó silencio. Más que cualquier otra cosa en ella me había encantado siempre su odio a mis predicciones, que desde luego nunca hacía cuando ella estaba delante pero le comunicaban siempre presurosamente, incluida mi certeza, casualmente mencionada, de que me matarían, y que, a diferencia de los otros, ella no quiso dejar pasar. Qué derecho tenía a hacer tales vaticinios. Yo no respondí, y cerré los ojos, de felicidad. Otra vez la punzada ardiente en mi interior. Otra vez la debilidad por ser un humano total. Cómo comovía. No me había sido simpática. Pentesilea, aquella guerrera asesina de hombres. ¿Qué? ¿Es que creía yo que ella, Mirina, había matado menos hombres que su comandante? Probablemente más, tras la muerte de Pentesilea, para vengarla?

Si, caballito mío, pero eso fue distinto.

Eso fue tu denso despecho y tu llameante duelo por Pentesilea, que yo, qué te crees, comprendí.

Eso fue su timidez profundamente escondida, su miedo a todo contacto, que yo jamás herí, hasta que pude enroscar mi mano en su cabellera rubia y supe así qué fuerte había sido el deseo que hacía mucho tenía de hacerlo. Tu sonrisa en el minuto de mi muerte,



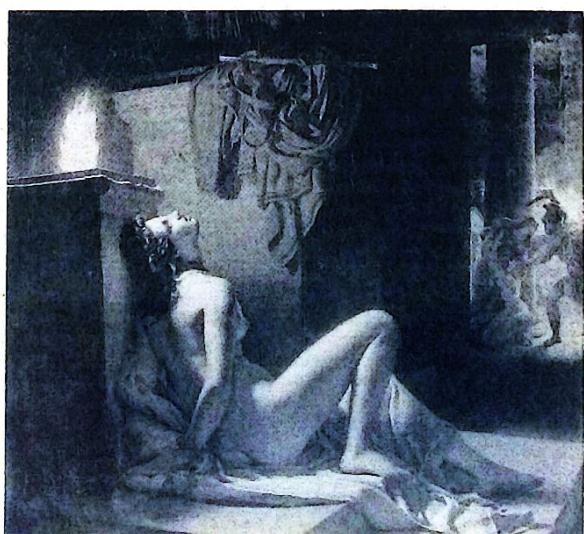
pensé y, como no me privaba ya de ninguna tenuura, dejé largo tiempo el terror atrás. Ahora se me acerca otra vez, oscuro.

Mirina se me metió en la sangre en el instante mismo en que la vi, clara y atrevida y ardiente de pasión junto a la oscura Pentesilea, que se consumía interiormente. Ya me trajera alegría o tristeza, no podía dejarla, pero no deseé tenerla ahora a mi lado. Vi contenta cómo ella, una mujer, fue la única que se armó cuando los hombres de Troya, sin hacer caso de mi protesta, metieron en la ciudad el caballo de los griegos; la apoyé en su decisión de velar junto al monstruo, y yo con ella, desnudada.

Contenta, otra vez en ese sentido pervertido, la vi precipitarse sobre el primer griego que, hacia la medianoche, surgió del corcel de madera; contenta, sí; contenta la vi caer y morir derribada de un solo golpe! A mí, porque me refa, me respetaron como se respecta a la locura.

Todavía no había visto bastante.

No quiero hablar más. Todas las vanidades y costumbres se han consumido, se han agostado los lugares de mi ánimo donde podían volver a crecer. No tengo más lástima de mí que de los otros. No quiero demostrar ya nada. La risa de esa reina, cuando Agamenón pisó la alfombra roja, era superior a cualquier demostración.



Quién encontrará otra vez, y cuándo, el lenguaje.

Será alguien a quien el dolor parta el cráneo. Y hasta entonces, hasta él, sólo los bramidos y las órdenes y los gemidos y los siseos de los que obedecen. El desamparo de los vencidos, que, mudos, comunicándose entre sí mi nombre, rondan el carro. Ancianos, mujeres, niños. Por la atrocidad de la victoria. Por sus consecuencias, que veo ya ahora en sus ojos ciegos. Golpeados por la ceguera, sí. Todo lo que tienen que saber se desarrollará ante sus ojos, y ellos no verán nada. Así es precisamente.

Ahora puedo utilizar lo que toda la vida he practicado: vencer mis sentimientos con la mente. El amor antes, ahora el miedo. Este me asaltó cuando el carro, que los caballos habían arrastrado lentamente montaña arriba, se detuvo entre las murallas sombrías. Ante esta última puerta. Cuando el cielo se abrió y el sol cayó sobre los leones de piedra, que miraban por encima de mí y de todas las cosas que siempre mirarán por encima. Verdad es que conozco el miedo, pero esto es algo distinto. Quizá surge en mí por primera vez, sólo para ser destruido enseguida. Ahora arrasan su semilla.

Ahora mi curiosidad, orientada también hacia mí, está totalmente libre. Cuando me di cuenta, grité fuerte, durante la travesía; yo, miserable, como todos, zarandeada por aquella mar gruesa, calada hasta los huesos por la espuma que me salpicaba, molesta por los lamentos y las emanaciones de las otras troyanas, no bien dispuestas hacia mí, porque siempre sabían todos quién era yo. Nunca me fue dado sumergirme en su multitud, lo deseé demasiado tarde, y había hecho demasiadas cosas, en mi vida anterior, para ser conocida. También los autorreproches impiden que las preguntas importantes se reúnan. Entonces la pregunta creció, como el fruto en su cáscara, y, cuando se liberó y estuvo ante mí, grité fuerte, de dolor o de dicha:

¡Por qué quise sin falta el don de profecía?

Ocurrió que, en ese mismo momento, el "muy resuelto" (idiotes!) me arrancó aquella noche tormentosa de la maraña de los otros cuerpos, mi grito coincidió con ello, y no necesité otra explicación. Yo, yo había sido, me gritó, fuera de sí de miedo, quien había levantado a Poseidón contra él. ¡No había sacrificado él al dios tres de sus mejores caballos antes de la travesía! ¿Y Atenea? dije fríamente. ¿Qué le sacrificaste a ella? Lo vi palidecer. Todos los hombres son niños egocéntricos. (¡Eneas! Tonterías. Eneas es un adulto). ¡Escarmio! ¿En los ojos de una mujer? Eso no lo soportan. Aquel rey victorioso me hubiera matado –y eso era lo que yo quería–, si no hubiera tenido aún miedo también de mí. Ese hombre siempre me ha tenido por hechicera. Yo tenía que apaciguar a Poseidón! Me empujó a la proa, me levantó los brazos en el gesto que consideró apropiado. Yo moví los labios. Pobre infeliz. ¿qué te importa ahogarte aquí o ser asesinado en tu casa?

Si Clitemnestra era como yo me la imaginaba, no podía compartir el trono con aquella nulidad...

Es como me la imaginé. Y además está llena de odio. Cuando él la dominaba aún, es posible que aquel débil, como hacen todos, la hubiera tratado depravadamente. Como no conozco sólo a los hombres, sino, lo que es

Viene de la Pág. 8

más difícil, también a las mujeres, sé que la reina no puede perdonarme la vida. Me lo ha dicho antes con sus miradas.

Mi odio se perdió, ¿cuándo? Sin embargo lo echo en falta, mi odio henchido y jugoso. Un nombre, lo sé, podría despertarlo, pero prefiero dejar ese nombre impensado aún. Si pudiera. Si pudiera borrar ese nombre no sólo de mi memoria, sino de la memoria de todos los seres humanos con vida. Si pudiera extinguirlo en nuestras mentes... no habría vivido en vano. Aquiles.

No hubiera debido acordarme ahora de mi madre, Hécuba, que viajó en otro barco con Ulises hacia otras riberas. Quién es responsable de lo que recuerda. Su rostro demente cuando se la llevaron a rastras. Su boca. La más horrible maldición que se ha lanzado desde que existen los hombres fue para los griegos, y mi madre Hécuba los fulminó con ella. Resultará cierta, sólo hay que saber esperar. Su maldición se cumpliría, le grité. Y entonces fue mi nombre, un grito de triunfo, su última palabra.

Cuando pisé el barco, todo enmudeció en mí.

De noche la tempestad, cuando yo la "conjuré", amainó pronto, y no sólo los otros cautivos, sino también los griegos, hasta los rudos y ávidos remeros, retrocedían ante mí, tímidos y respetuosos.

Le dije a Agamenón que perdería mi fuerza si me obligaba a ir a su lecho. Me dejó. Su fuerza hacia tiempo que había desaparecido, la muchacha que vivió con él en su tienda el último año me lo reveló. Para tal caso —la revelación de su secreto indecible— la había amenazado con hacerla lapidar por las tropas con cualquier pretexto. Entonces comprendí de repente su exquisita crueldad en la lucha, lo mismo que comprendí que cada vez enmudeciera más profundamente, a medida que, viéndolo de Nauplia, nos acercábamos por caminos polvorientos a través de las planicies de Argos, para llegar finalmente a su ciudadela: Micenas. A su mujer, a la que nunca había dado motivo para tener compasión de él cuando mostraba debilidad. Quién sabe a qué miseria lo arrancará ella si lo asesina.

¡Qué no sepan vivir! Que eso es la verdadera desgracia, el auténtico peligro de muerte... sólo lo he comprendido muy poco a poco. ¡Yo la adivina! ¡La hija de Príamo! Cuánto tiempo fui ciega para lo evidente: que tenía que elegir entre mi abolengo y mi oficio. Cuánto tiempo estuve llena de miedo ante el horror que yo, si era imparcial, tenía que despertar entre mis gentes. Ese miedo se ha apresurado a precederme sobre la mar. Las gentes de aquí —ingenuas si las comparo con los troyanos; no han conocido la guerra— muestran sus sentimientos, tocan el carro; los objetos extraños; las armas del bosque; y también los caballos. A mí no. El auriga, que parece avergonzarse de sus compatriotas, les dijó mi nombre. Entonces vi algo a lo que estoy acostumbrada: su horror.

Los mejores, desde luego, dice el auriga, no son los que se quedan en casa. Las mujeres se me acercan otra vez, me evalúan sin vergüenza, atisban bajo el chal que me he echado por hombros y cabeza.

Discuten si soy bella; las viejas dicen que sí, las jóvenes lo niegan.

¡Bella! Yo, la terrible. Yo, que quise que Troya sucumbiera.

* Christa Wolf. Alemania, 1929-2011.
Novelista, ensayista y guionista
cinematográfica
De la novela: "Kassandra", 1983

Vacación en Bahía

* Giancarla de Quiroga

Él, que nunca se sucedió la lotería, que jamás ganó una torta en las rifas que organizaba la parroquia el día del Santo Patrono.

Él, que nunca recibió la herencia de una tía, porque todas las que tenía eran pobres de solemnidad, no podía creer que hubiese ganado "dos pasajes aéreos y cinco días de vacación en un lujoso hotel de Salvador de Bahía", por el solo hecho de haber comprado el periódico, haber llenado y recortado un cupón y haberlo depositado en la agencia del matutino, donde el sábado 6 de noviembre, a las tres de la tarde, en presencia de un Notario de Fe Pública, se procedería al sorteo que daría a conocer el nombre del afortunado ganador.

Su mujer tampoco podía creerlo y aseguró que debía tratarse de una "inocentada".

—Pero... ¡cómo va a ser una broma de inocentes, si estamos en noviembre! —argumentó él.

—No importa, para las decepciones no hay fechas —contestó ella, que no se caracterizaba precisamente por su optimismo.

Sin embargo, cuando él retornó de la agencia de turismo con los boletos y el vale por cinco noches de hotel, desayuno americano incluido —pero los extras: mini bar, servicio de lavandería y llamadas telefónicas a cargo del afortunado huésped—, venció el escepticismo de su esposa y prepararon el viaje.

Después de hacer escalas en Santa Cruz y San Pablo, tomaron el vuelo que los condujo a Salvador.

El clima era caluroso, las calles estaban llenas de gente con cuerpos bronzeados, apenas cubiertos por mallas y bikinis.

El hotel quedaba frente a la playa, no era exactamente de lujo pero sí confortable, y en todo caso, aquella vacación inesperada les caía muy bien a los dos, porque siempre quisieron conocer el mar y el solo hecho de vivir en un hotel, así fuera por pocos días, era una maravilla.

Sus dos hijos estaban bien atendidos por las dos abuelas, se sentían como si fueran realmente casados, disfrutando de esa luna de miel que les deparó la suerte.

La habitación era amplia y con vista al mar.

En cuanto llegaron abrieron la ventana y se quedaron contemplando aquella inmensidad verde-azul, el incansable varién de las olas y el incendio del sol cerca del horizonte.

Se ducharon y hicieron el amor.

Se volvieron a duchar, los dos juntos, y comieron los emparedados que ella insistió en preparar aquella mañana, antes de viajar, en previsión de que en el avión no les dieran de comer.

Se pusieron las mallas, shorts y bajaron a la playa.

Varias personas tomaban el sol de la tarde en la arena y unos muchachos se bañaban dejándose llevar por las olas.

—¿Vamos? —preguntó él, tomándola de la mano.

—Quisiera asolarme un poco, estoy tan blanca... después te doy alcance —respondió ella—. Pero no te alejes mucho.

Él no era un nadador experto; cuando niño solía nadar en el río o en la piscina del club Petrolero, al que pertenecía su padre; después, de vez en cuando, iba a la piscina con sus hijos, pero nunca había nadado en el mar, donde, según decían, se sentía más liviano y ágil.

Caminó unos metros, hasta que el agua iba a llegar al tórax y empezó a dar vigo-

rosas brazadas, dejándose llevar por las olas que poco a poco se volvían más altas e impotentes, alejándolo rápidamente de la playa.

Cuando se dio cuenta de que estaba cansado de nadar, quiso dar media vuelta para retomar, pero no pudo, las olas lo arrastraron cada vez más lejos, sin que pudiera retroceder.

Cuando volteó la cabeza y vislumbró la playa en la lejanía, se dio cuenta de que le sería imposible regresar.

Entonces supo que cuando ya no tuviese fuerzas para mantenerse a flote, tendría que abandonarse al mar y dejarse morir.

Se dio cuenta de que el boleto premiado, el pasaje para dos y la vacación de cinco días en Salvador de Bahía, no eran otra cosa que el pretexto para que se cumpliera su destino.

Intentó gritar, esperando que alguien, algún bañista pudiera escucharlo y acudir en su ayuda, mas se sentía tan débil, estaba tan exhausto, que apenas logró articular un grito ronco que fue apagado por la sonoridad del mar.

—Qué absurdo morir lejos de mi país, de mi casa, morir de vacación... —pensó y esperó que su mujer, después de haberse asoleado unos minutos, iría a buscarlo, se daría cuenta de que había sido arrastrado por las olas y pediría ayuda.

Le dolían los brazos, se dejaba arrastrar por las olas gigantescas, se sumergía en ellas, desaparecía en las profundidades marinas y cuando ya le faltaba el aire y no podía respirar, volvía a flotar y volvía a vivir.

Sentía que su cuerpo era presa de dos fuerzas extrañas y antagónicas.

Una que lo atraía, lo succionaba hacia el fondo, y otra que lo levantaba y lo mantenía a flote.

El agua que tragaba involuntariamente, le quemaba la garganta, sus pulmones estallaban, los ojos se le salían de las órbitas, tenía las piernas acalabadas y los pies ya no le obedecían.

Ya no podía hacer nada más, pensó otra vez en su madre, en sus niños, en su mujer, resolvió dejarse morir, esperando que fuera rápido.

Fue en aquel momento que sintió un brazo rodeándole el cuello, se aferró a él con desesperación, vio una cabeza, un cuerpo oscuro próximo al suyo, hasta que lo embistió una ola enorme y perdió el sentido.

Se hallaba en la playa, dos manos fuertes como tenazas le comprimían el pecho rítmicamente, intentando reanimarlo, mientras una voz repetía:



Alguien decía que antes de morir se revivía en pocos segundos todo lo vivido. A él no le estaba aconteciendo tal cosa, se ve que aún no había llegado su hora...

Cuando notó que las fuerzas lo estaban abandonando definitivamente y que ya no podía nadar, pensó en su madre y en sus dos niños.

Se preguntó si encontrarían su cadáver o si unos monstruos marinos devorarían su cuerpo.

Al final, eso sería lo mejor, porque lo que lo angustiaba más, era pensar en su mujer acompañando el féretro hasta su ciudad natal.

Imaginó los comentarios de sus compañeros de trabajo, su madre de luto, sus niños llorando...

—Lo que es yo, donde me muero, me quedo —había declarado en una conversación en el velorio de su compadre, pocas semanas antes, después de escuchar el relato de las peripecias del cadáver de un paisano que tuvo la ocurrencia de morir en Hong Kong.

Esperó que su mujer no lo hubiese olvidado.

—Uno, dos, tres, uno, dos, tres.

Su esposa sollozaba con desesperación y le besaba la frente, los párpados, la boca.

Se escuchó la sirena de una ambulancia, lo levantaron y lo pusieron en una camilla.

Su esposa le agarraba la mano y continuaba besándolo.

El enfermero le preguntó algo en portugués, ella no entendió, él repitió la pregunta y ella contestó entre sollozos:

—No. Una vez él dijo: "Dónde me muero, me quedo".

* Giancarla de Quiroga.
Novelista, narradora y
licenciada en Filosofía.





Washington Delgado

Washington Delgado. Perú, 1927 - 2003. Poeta, catedrático y crítico. Entre otros poemarios, ha publicado: Formas de la ausencia (1955), El extranjero (1952-1956), Días del corazón (1957), Canción española (1956-1960), Para vivir mañana (1959), Parque (1965), Destierro por vida (1969), Un mundo dividido (1970), Historia de Artidoro (1987) y Cuán impunemente se está uno muerto (2003).

Globe trotter

Sobre arenas tan interminables como el día imaginando nubes, palmeras, aguas, noches de luna he caminado por los desiertos, toda mi vida. Bajo luces de neón, atravesado por el estruendo de los automóviles, implacablemente gobernado por señales rojas y verdes, he caminado por los desiertos, toda mi vida. A menudo soñé con dulces samaritanas y siempre he despertado en un autobús: ajadas oficinistas me rodeaban, muertas de sueño, encadenadas a una vida polvorienta y sin una gota de agua en el corazón. Con insaciable sed he caminado por los desiertos, toda mi vida. Sin cesar he subido las escaleras del hotel. Nunca vi la palmera ni el manantial soñado ni el arco iris de la paz ni la paloma del perdón. Ángeles despiadados me miraban sin verme, me preguntaban por mi nombre y mis señas, me echaban el humo en la cara y me indicaban con desdén el camino del paraíso que nunca era un paraíso sino las mismas arenas, el desierto por donde he caminado, toda mi vida. Si entraba en el salón vetusto el viejo inquisidor se atragantaba, lanzaba al aire el humo, el café, la sonrisa y me preguntaba por Mariena. ¿Mariena, Mariena? ¿Quién es Mariena? Suspensa está en el aire, lejos de este desierto y yo nunca la he visto. Viviré en su isla rosada, en su casa pequeña, en su granja con gansos y conejos o se habrá ahogado en las aguas azules del mar Mediterráneo. Ese oasis no me sirve, el viejo inquisidor se marchó hace tiempo y me ha dejado una angustia inútil, un nombre que he de llevar a cuestas para nada mientras camino por los desiertos,

toda mi vida. Las estrellas de los policías brillan y tintinean, los estudiantes pasan con libros o muchachas bajo el brazo, la niebla ligera se levanta para que duerma en la calle esta primera noche primaveral del año. De buena gana leería una novela de Voltaire, conversaría con mis viejos amigos, tomaría un café, fumaría un cigarro. En el arenal interminable todo es un sueño tan desesperado como la niebla, las palmeras y la dulce samaritana. He caminado por los desiertos, toda mi vida y nunca me acompañó nadie. A veces se dibujan ante mis ojos historias de fantasmas: aposentados en lujosos palacios ahuyentan a los escopetados compradores durante el día, en la noche alimentan y consuelan a las pobres gentes. Otras veces son ladrones: después de años de cárcel y miseria roban con fortuna una casa opulenta y disfrutan los goces de la vida o reparten limosnas a la puerta del templo. En la soledad del arenal no hay palacios ni opulentas casas ni pobres gentes ni fastidiosos compradores ni puerta ni templo ni limosna ni goces de la vida. Toda mi vida he caminado por los desiertos y ahora estoy triste. Una vendedora de claveles canta o llora en mi oído. ¿Qué hurfa yo con un clavel en el desierto? He caminado solo y sin equipaje toda mi vida, estos claveles son también un desesperado sueño aunque la melodiosa vendedora me contempla con lastimados ojos como si ella fuera el fantasma y yo la pobre gente llegada en la gran noche a las puertas del palacio lujoso. He caminado por los desiertos, toda mi vida y nunca llegué a ninguna parte.

¿Nunca nos libertaremos?

Para ser bueno hay que servir al que paga; para ser bueno no hay que pagar al que sirve. Así ganaremos el cielo. El que no tiene manos que trabaje con los pies y el que no tiene pies que venda su alma. ¿Nunca nos libertaremos? Somos grandes, hermosos y fuertes; tenemos bellos libros y sabias palabras que nos dicen: todo está bien. ¿Nunca nos libertaremos? Una historia maravillosa nos han contado. Somos siervos de dioses guerreros y santos. ¿Nunca nos libertaremos? Hoy es de día o de noche. El sol no es sol sino una piedra. La felicidad es cosa de otro mundo. ¿Nunca nos libertaremos?

Los pensamientos puros

Señor rentista, señor funcionario, señor terrateniente, señor coronel de artillería, el hombre es inmortal: vosotros sois mortales. Es curioso como la podredumbre se adelanta a veces al cadáver. Soportad vuestro olor, mostradlo si queréis, poquito a poco, pero no habléis. Señores, enseñad el trasero, pero no lloréis nunca, cierta decencia es necesaria aun entre las bestias. Pensad en el cielo, también en las alas blancas y en la música de las arpas dulcemente tocadas por vuestras dulces manos. Pensad en vuestros libros de lectura, en las viudas tísicas y abandonadas que ayudaréis con una trompeta de oro. Pensad en vuestros billetes, en los veranos junto al mar, en la mucama rubia, en el amante moreno, en los pobres que besaréis en la otra vida, en las distancias terrestres, en los cielos de almidar. Pensad en todo, vuestros días sobre la tierra no serán numerosos.

"Críticos y poetas de habla hispana coinciden en señalar a Washington Delgado como una de las cimas de la poesía peruana del 50 y, en consecuencia, de la poesía hispanoamericana. En su obra poética aparecen reunidos, con notoria ejemplaridad, muchos de los rasgos temáticos y formales que caracterizaron a la generación del medio siglo. De este modo, se explica que el lema 'Un mundo dividido' haya pasado a representar no sólo la producción del escritor cuzqueño, sino también la conciencia desarraigada de sus compañeros generacionales, entre los que sobresalen Carlos Germán Belli, Javier Sologuren, Alejandro Romualdo, Blanca Varela o Jorge Eduardo Eielson". (Juan Jesús Payán)

Alfonso Reyes: La fundación de la teoría

*El ensayo forma parte de "El poder de la palabra" obra finalista del Premio de Ensayo, 1992 – Casa de las Américas.
Su autor, el Doctor en Crítica Literaria Guillermo Mariaca Iturri (Bolivia, 1954)*

Primera de dos partes

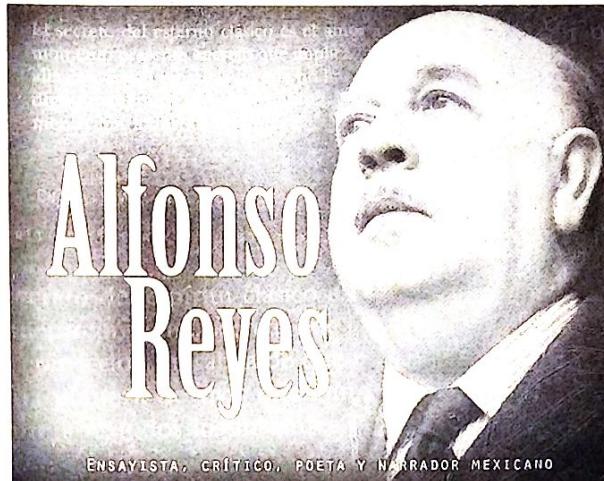
Una de las preguntas fundamentales que hay que plantear a la crítica literaria hispanoamericana moderna es aquella sobre su legitimidad: ¿cuándo se plantea a sí misma el derecho a la existencia autónoma? Alfonso Reyes, en *Aristarco o anatomía de la crítica*, elabora una de las primeras respuestas modernas sobre la legitimidad de la crítica literaria en nuestra América. Podría sugerirse, sin embargo, que la modernidad postulada por Reyes está tan paradójicamente planteada como la tensión contenida en el mismo título de su conferencia. La combinación del recurso a la autoridad clásica de la cultura helénica con la tipología positivista difícilmente podría concluir en la autonomía literaria celebrada por la modernidad; pero Reyes logra que si concluya resolviendo la 'ciencia' en el 'genio', el progreso en el humanismo. El desmembramiento de la paradoja que opera con elementos tan distintos servirá, por consiguiente, como punto de partida para explicar las encrucijadas de la obra de Alfonso Reyes y, al mismo tiempo, los conflictos de su modernidad.

Aristarco realiza una valoración altamente positiva de la cultura 'occidental', en su sentido humanista, y señala su incorporación inevitable y deseable en nuestra América dado nuestro "origen colonial". Por esta vía, toda la historia política de América Latina se resuelve en la concepción implícita de nación neocolonial, y la historia cultural en la noción de lengua. Si Europa no sólo es la inevitable fuente política, sino también nuestra raíz cultural, esto contrae, obviamente, la situación complementaria: los americanos se harán universales a través de la lengua.

La lengua, como metonimia de la "función unificadora" de la cultura, no se limita a hacer accesible el mundo a la particular identidad americana; convierte a los americanos en ciudadanos del mundo. Este cosmopolitismo, obviamente, aunque parte de la lengua como el sustento conceptual de la cultura, extiende su propia raíz lingüística hasta la actividad intelectual en general; "capítulo esencial de la vida humana" de la que participamos todos sin distinción de origen cultural. De esta manera, resulta que la lengua, la cultura y la actividad intelectual hacen posible que los americanos sean tan 'universales' como los europeos y, por tanto, que su obra cultural también lo sea.

Reyes, sin embargo, mantiene un matiz de diferencia epistemológica en su concepción de cultura que le permite distinguir entre la cultura humana, en general, y la cultura americana, en particular. Aun cuando sostiene la preeminencia de la noción mayor, considera que la 'universalización' de la cultura americana no le hace perder su identidad, su diferencia específica, y que su integración en la cultura universal no se limita a formar parte pasiva de ella, sino que dinamiza la actividad tanto particular como general.

La argumentación de Reyes para defender la importancia y la necesidad de incorporar América a la cultura 'occidental' no se limita, ciertamente, a nociones lingüísticas y culturales. Existen momentos argumentales



ENSAYISTA, CRÍTICO, POETA Y NARRADOR MEXICANO

Alfonso Reyes ha dotado a nuestra crítica de legitimidad para hablar en nombre de nuestra literatura. Aunque, por supuesto, 'legitimidad' quiera sólo y únicamente, ni más ni menos, significar legitimidad moderna. Aunque sólo bautizados y creyentes en la palabra ajena, podemos alcanzar el derecho a hacerla nuestra. Aunque la medida de nuestra estatura autónoma sea la vara colonial. A fin de cuentas, la propuesta de Reyes, vivida rigurosamente letra a letra en toda su obra, nos permite hacer de la escritura colonizada el instrumento de nuestra propia liberación cultural. (Guillermo Mariaca)

que añaden interpretaciones históricas a su abundante 'epistemología' culturalista, las cuales permitirían señalar que la 'occidentalización' de América no implica pérdida de una identidad –no sólo cultural sino también histórica– difícilmente ganada a lo largo de cuatro siglos y medio. Lo fundamental, sin embargo, no es enfatizar los datos históricos y las interpretaciones que Reyes añade a ellos; sino mostrar cómo incorpora lengua, cultura e historia dentro de una propuesta de política cultural. ¿Cuál es la cultura americana que forma parte de la cultura universal; cuál es la "humanidad americana característica" cuya formación histórica preserva su identidad y posibilita su incorporación al mundo? La respuesta a la primera parte de esta pregunta es algo que podría denominarse 'viabilidad'

Postcolonial': dadas una lengua y una cultura dominantes, la única posibilidad de integración de América en el mundo consiste en seguir la corriente del progreso relegando lo 'autéctono' a exotismo. La identidad americana, entonces, resulta de

'americanizar' lo europeo que se está importando, de comunicarle el "condimento de abigarrada y gustosa especiería".

Sin embargo, el argumento central de Reyes para sostener esta incorporación subor-



todocolección

dinada de la cultura americana a la universal puede encontrársela, paradójicamente, en su concepción de la poesía, si se la articula apropiadamente con la noción de cultura en general. Según Reyes, el procedimiento retórico fundamental es "la catacrisis: que es un mentar con palabras, lo que no tiene palabras ya hechas para ser mentado". Ahora bien, dado que los americanos accederemos al mundo a través de la lengua, dado que ésta "es el recipiente que disuelve, conserva y perpetúa nuestro sentido nacional" y dado que somos "un enorme yacimiento de materia prima", nuestra función fundamental y nuestro objetivo más importante son nombrarnos a nosotros mismos, bautizarnos con la palabra ajena, para alcanzar el derecho a la palabra propia. Reyes, por tanto, está explícitamente planteando hacer de la poética una política.

¿Nos haremos universales, entonces, gracias a la palabra colonial? ¿Cuál es la causa, según Reyes, para que una realidad social pre colonial como la americana haya sido tan profundamente colonizada? ¿Cuál era esa "debilidad fundamental que colocaba a los pueblos americanos en condiciones de notoria inferioridad"? Para Reyes, la escritura, la ciencia y la religión monoteísta constituyen la prueba de la superioridad de la civilización occidental, la razón de la colonización cultural de América y, por consiguiente, la causa que explica suficientemente el que este continente deba –inevitablemente– quedar ética y epistemológicamente supeditado a la cultura europea. El exotismo americano, por tanto, no es su señá de identidad, sino su estigma de inferioridad moral y cultural.

La 'viabilidad postcolonial' de Reyes no se limita a registrar algunos hechos y algunas consecuencias coloniales. Al afirmar que América debe alcanzar a Europa para sobrevivir como identidad propia está diseñando una de las tendencias que ha guiado la obra y el pensamiento de la cultura americana y que, ciertamente, se encuentra germinalmente en ella: asumir al colonizador en uno mismo para devenir su contemporáneo.

Esta corriente de pensamiento no es propia ni única de Reyes; su notable particularidad, sin embargo, aquella que lo distingue radicalmente de la propuesta educativa de civilización y barbarie, es adjudicarle a la literatura el papel de conducción del 'desarrollo' social porque "la literatura se adelanta a la política". La razón de este privilegio para la ficción viene, como no podría ser de otra manera, de la caracterización que Reyes hace de la función social de la literatura en general: diseñar posibilidades, no construir realidades; o, más precisamente, diseñar las posibilidades imaginarias de la lengua de acuerdo a un objetivo ideológico general que no fue otro que el proyecto nacional concebido como la invención de la identidad.

Continuará





Maestros en nuestra evocación

Rodolfo Espinoza Aliaga (1927)

(Primera de dos partes)

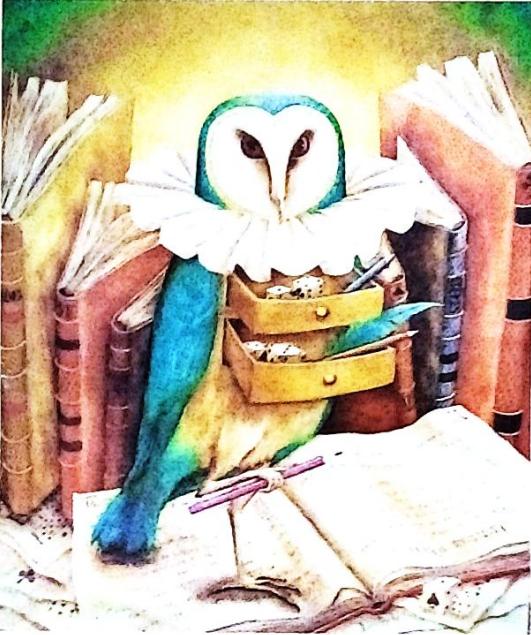
Recordar es vivir, es reseñar reminiscencias que marcan la ruta vital, aprehendiendo inolvidables enseñanzas que engrazadas coadyuvan en la institución de la personalidad. Hoy, un homenaje a los maestros que dejaron constancia en el ejercicio del apostolado pedagógico: Don Celestino Mirones, Natividad Miranda Bernal, Humberto Gómez Alcántara, José Rodríguez Narváez y Daniel Sánchez Jiménez, dignos misioneros de la mayéutica que constituyeron pilares fundamentales en la docencia.

CELESTINO MIRONES. (Conciencia de la naturaleza) Escribir sobre él es razonar sobre la tierra de cabecera de valle, con torrentes que bañan sembradíos y esbarzan lamiendo verdosas rocas hacinadas a lo largo de sus lechos. Con "q'aralawas", "ch'ilkas", "chincherkornas", "chilijchis" y romazas en flor. Rinconadas donde molles, eucaliptos, cipreses, álamos y sauce llorones, cual eniestos centinelas, vigilan el acontecer rutinario. La población es Tacopaya, capital de la Segunda Sección de la Provincia Arque, del departamento de Cochabamba. En la plaza se sitúan la iglesia y la escuela, hitos donde convergen los pobladores para elevar el "réquiem" a sus difuntos o para participar en la celebración de la fiesta santoral, heredad también para la algarabía de niños que acuden a la escuela.

Allí el maestro D. Celestino Mirones, patriota que, además de enseñarnos el "abc" escolar, aspiraba a que fuésemos buenos soldados: nos mandaba hacer fusiles de madera para marchar por la más extensa arteria del pueblo, desde el molino hasta la plaza, con las "armas" al hombro.

En esta década del treinta, el pueblo soportaba con amargura los resultados de la Guerra del Chaco. A la conclusión de la contienda muchos hombres habían ofrecido sus vidas en el holocausto y los que quedaban buscaban trabajo en las ciudades. El área rural fue el lugar donde se alentó con mayor ardor el patriotismo.

Rememoramos la estampa de Celestino Mirones, su rígida enseñanza y su amor a la pródiga naturaleza la que nos mostraba en excursiones al campo. Por su vasto ejemplo, veíamos al profesor como un superhombre, un gigante seguido de diminutos seres que éramos nosotros: sus alumnos. Residí en aquella población de niño como resultado



del trabajo del "pater familias", que era desplazado de una estación a otra como encargado de mantenimiento de la vía férrea en la Bolivian Railway.

NATIVIDAD MIRANDA BERNAL DE JAUREGUI (o el estudio, la familia y el deporte). Mi segunda maestra. Con cerca de cuarenta años de labor docente en las escuelas de Oruro. La conocí cuando ingresé a la Escuela Mixta Ferroviaria. Corrían los años 39, 40 y 41. Su nobilísima tarea nos conducía paulatinamente a la claridad científica, a la observancia de la moral y sometimiento a las buenas costumbres. Los maestros de antaño no conocían huelgas ni marchas de protesta; desarrollaban su apostolado ciertos en que debían moldear el carácter del hombre para hacerlo útil a la sociedad y a la Patria.

Quiso que sus alumnos triunfaran no sólo en el estudio sino en el deporte. Practicábamos en la cancha del International Sporting Club, hoy Urbanización "El Jardín". Un compañero de curso fue Ausberto García, aventajado jugador de fútbol quien, como recordaremos, formó parte del equipo boliviano de Fútbol que en 1963 obtuvo el campeonato sudamericano. Su hermana, Norah García, también alumna de la escuela, fue integrante del Equipo Bolivia de Basquetbol.

En 1941, la Gerencia de la Bolivian Railway obsequió una bicicleta al mejor alumno del establecimiento, actitud poco común en Oruro. Tuve el privilegio de aquel galardón en acto especial, con la presencia de pobladores de la zona, profesores y alumnos. Por mi parte, no sabía quién era el Gerente y tampoco sabía manejar bicicleta. A la profesora Miranda le cupo las palabras de agradecimiento. Ella nació el 25 de diciembre de 1912, matrimonuada con D. Víctor Jáuregui Maldonado, quien también dejó huella como exímio pianista, compositor y conductor de coros.

La profesora Miranda fue Directora del establecimiento y del Colegio Kennedy. Falleció el 23 de julio de 1994, a los 82 años.

HUMBERTO GÓMEZ ALCÁNTARA (disciplina y cumplimiento). Primer día de clases en la Escuela Mariscal Sucre de Oruro. Los alumnos en fila con los profesores a la cabeza. Recuerdo lo que la Directora, Sra. Celia Quesada, dijo al dirigirse a nosotros: "¡Pobre quinto curso, les toca con el Prof. Humberto Gómez!".

Él tenía una presencia particular porque había perdido el brazo derecho en el combate de Nanawa, Guerra del Chaco, a la que fue convocado cuando estudiaba Derecho en la UMSA. A su retorno se tituló como abogado y también como maestro. Fue di-

rector de los Colegios "Simón Bolívar" y "Casimiro Olañeta" y, catedrático de Gramática Española en el Instituto Politécnico de la UTO.

"El pobre quinto curso" de 1942 y el sexto de 1943 aprendió disciplina y cumplimiento con creces. Los lunes, el Prof. Gómez revisaba higiene. Los alumnos de pie, haciendo un círculo en el curso "totalmente desnudos", seguían su orden: "Señores alumnos, debo revisar higiene". Observaba nuestro cabello, los ojos, las orejas, dientes cepillados y uñas recortadas. Nos revisaba todo. Los chicos que no se habían bañado eran conducidos a las duchas de la escuela ubicadas en el segundo patio. Al vestirnos, revisaba si el pantalón tenía las rayas del planchado, el cuello de la camisa debía estar impecable, los zapatos lustrosos, etc. Quien incurriía dos veces en la falta de higiene, no sólo era conducido a las duchas sino que era sometido al chicotillo hábilmente usado por su mano izquierda al estilo salteño, con dos tiradores al frente: uno, que levantaba por los hombros y otro por los pies, quedando el "damnificado" en forma horizontal. Don Humberto Gómez fue un maestro virtuoso, estricto, incólume. Sus reflexiones estaban en todo momento y para toda oportunidad.

Cuando fungímos como Secretario General de la UTO, un trámite administrativo lo trajo hasta mi oficina. Durante la conversación recordamos "lo que nos hacía en la escuela". Ambos sonreímos, pero el suscrito, deudor agradecido, no tuvo más que decir: "De no haber sido por aquella exigencia, profesor, no habríamos comprendido el cumplimiento del deber".

Su pasión fue el Colegio Casimiro Olañeta, establecimiento creado por intelectuales soñadores como don Federico Albaracín, Manuel Sanzenea, José Rodríguez Narváez y otros que, en noches de tertulia concibieron la idea de acoger en turno nocturno a los trabajadores que habían perdido oportunidad de completar estudios secundarios a consecuencia de la Guerra del Chaco. El lugar propicio fue "Los tres osos", local ubicado entre las calles Potosí y Murguía donde, a partir de las cinco de la tarde reunían trovadores, poetas y maestros que asentaron la idea de que nunca es tarde para estudiar.

Humberto Gómez Alcántara nació en Oruro el 11 de noviembre de 1911 y falleció el 12 de junio de 1987. El epitafio de su tumba resume su vida así: "Entregaste tu juventud a la patria, / entereza apostólica a los educandos / y una vida llena de desvelos a tu hogar".

Continuará